

Sola en el castillo

Cécile
Coulon

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín

Título original: *Seule en sa demeure*

Cécile Coulon

© 2021, L'Iconoclaste, Paris

Traducción: Gustavo Osorio de Ita

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu

Fotografías de portada: © iStock

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2022

ISBN: 978-607-07-8816-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

La iglesia de Saints-Frères

Un hermoso domingo de marzo, mientras el sol echaba suavemente el invierno fuera de los bosques oscuros, Jeanne Marchère moriría en la nave principal de la pequeña iglesia de Saints-Frères.

Avanzó delante de su hijo y su esposo con la espalda recta, tres trenzas de cabello rubio en un chongo sobre la nuca. Por encima de las estatuas de ojos blancos, los vitrales dominaban la nave. En uno, Salomón perdonaba a un niño frente a las madres suplicantes. En otro, san Miguel arrojaba al monstruo infernal y en su caída arrastraba a ángeles que llovían como estrellas sobre el reino de los hombres. Noé construía su arca. Mil colores, encendidos por el sol, salpicaban la primera fila de bancas donde los fieles, adecuadamente alineados, esperaban que el cuerpo de Cristo fuera colocado en sus lenguas. Jeanne Marchère era siempre la primera. Unos años atrás, los abetos de su familia habían sido utilizados para restaurar el retablo de la iglesia.

Su hijo, Candre, protegido por la alta silueta materna, miraba el rojo del infierno de san Miguel proyectado en el cráneo del sacerdote. El intenso azul del cielo de cristal daba en los ojos cerrados de los monaguillos. Toda la iglesia miraba a Candre: levantándose antes que los demás,

yendo por aquel pasillo tan estrecho que podía sentir en el dorso de la mano el aliento de los pobres reclinados. Menos de un centenar de personas asistían a la misa pero la pequeña iglesia estaba llena, las puertas habían quedado entreabiertas y a uno y otro de sus costados los sirvientes de la familia Marchère, Henria y Léonce, esperaban la indicación para salir. Tenían un ojo en la buena gente y otro en sus amos.

Los pinos del Bosque Dorado, al pie de una ladera de tierra seca, llevaban su fragancia hasta las puertas de la capilla. El aire fresco, cargado de agujas de pino, daba vuelta a las columnas de piedra blanca donde Cristo volvía su dolorido rostro hacia los fieles. El invierno se había alargado. Candre se estremecía con su chaqueta de lana. Cada domingo, Henria lo vestía para ir a la iglesia y, cuando le peinaba el pelo y alisaba su jubón, lo hacía entrar en calor frotándole la nuca y los hombros, besándolo como a un hijo, y después depositaba detrás de sus orejas dos gotas de resina para, tal como ella solía decir, «alejar la enfermedad y a la gente mala».

Los altos árboles del Bosque Dorado, propiedad de los Marchère, protegían al hijo único, sostenían el techo de la iglesia por encima de sus culpables almas e insuflaban sobre el pueblo de Saints-Frères y sus habitantes sus cantos de gracia y de frías estaciones.

Aquel domingo, Jeanne Marchère se apagó en silencio. No había tenido ni tiempo de arrodillarse para recibir el cuerpo de Cristo, cuando se le encogió el corazón al punto que la hizo tambalearse y caer sobre la losa gris a los pies del sacerdote. En ese momento los colores de los vitrales inundaban la nave, el azul intenso y el rojo sangre atravesado por la luz violenta y primaveral se desplazaban por las caras aterrorizadas. El cuerpo de Jeanne Marchère,

donde se había roto aquel corazón, yacía bajo la mirada de todos, empapado por el resplandor.

Sorprendido, Candre observó por unos minutos a su madre, tendida en aquella losa; luego alzó los ojos hacia los infiernos antes de acercarse, como suele hacerse con los viejos al encontrarlos en su lecho de muerte, a cerrar los párpados de Jeanne para cubrir sus ojos vacíos. Entonces sintió que un brazo fuerte lo sujetaba por la cintura y Henria susurró: «Pobre pequeño, vamos. Pobre, pobre pequeño. Haré lo que sea necesario por ti. No hay nada que temer». Y cuando volvió su mirada llorosa hacia ella, lo ocultó en su vestido: ahí enterró su cabeza de gorrión de cinco años en tanto que, alrededor, el cuerpo de Jeanne Marchère era trasladado mientras los colores lo teñían violentamente, como si el mismo Dios arrojara la pintura de sus pinceles sucios y gastados sobre ella.

El corazón

—No te voy a obligar a casarte con ese hombre, Aimée. Él vino y tú lo acogiste a tu lado, sin dudar ni cerrarte. No te obligaré a casarte con él, pero sí a que te cases con un buen hombre y él es el mejor entre todos.

»No apartes la vista cuando te hablo.

»Candre Marchère es un alma rica y piadosa. Hace tiempo estuvo casado y su joven esposa murió. No me alegra que sea en segundas nupcias, créeme, pero aquí, mi pequeña Aimée, los hombres son soldados o mendigos, hombres de hierro u hombres del bosque, y Candre no es como ellos. No siente odio alguno hacia sus semejantes. Aimée, quiero para ti un hombre que no muera en un campo de batalla lejos de su esposa, o en un pleito en una ciudad lejana. Candre ama a Dios. No lo abruma ningún pasado, excepto el que ya conoces: la muerte de su madre en la iglesia de Saints-Frères, la muerte de su esposa pocos meses después del matrimonio. Eres joven y él es casi tan joven como tú.

»Aimée, un padre no elige un marido para su hija, pero la aleja de las almas oscuras de este mundo. Candre Marchère es un hombre de apellido, de fe y de trabajo. Y si es mejor hombre que sus semejantes, entonces creo en él».

Aimée pensaba que su padre tenía algo más que decir, pero él se quedó repentinamente en silencio.

Candre había conocido a Amand y a Aimée Deville en la feria ecuestre. La joven miraba con severidad las manos que se solían pasear por los hombros de su padre. Él no, Candre Marchère no había siquiera acercado la mano a la chaqueta de Amand, ni tampoco había llamado al antiguo comandante *Viejo Capitán* como solían hacer los demás, que saludaban con desprecio a este anciano de pie apoyado en sus bastones. Candre había avanzado después que pasó la caballería de guerra y se había dirigido a Amand llamándolo sencillamente *señor Deville*, preguntándole si podía mostrarle los tres caballos de su propia cuadra, los cuales había entrenado para el último evento de la feria. El padre y la hija habían seguido obedientemente al extraño joven, vestido con traje de lana y botas cafés, hasta la cuadra de los Marchère, y allí se acercó a los animales como acostumbraba hacerlo con los hombres, con la misma sencillez y elegancia. Aquella noche, en casa, Amand anunció la visita del hijo de los Marchère para el jueves siguiente. Su hija no se sorprendió.

Le hizo mil preguntas a su padre, a su madre, a su prima, y todos le dijeron lo que ya sabía: Candre era un joven rico, huérfano y viudo. A los veintiséis años tenía la vida de un anciano, los rasgos de su rostro seguían el curso de su historia familiar, marcándole la boca y los

párpados, como si quisiera volver, tan rápido como su madre y su primera esposa, bajo tierra, allá donde la familia Marchère, así como todos aquellos que la frecuentaban, terminaban más rápido que los demás.

Le contaron que la madre del chico se había desplomado en la iglesia de Saints-Frères, que Candre había sido criado después por Henria, la criada, mientras su padre, enloquecido por la pena y convencido de que la mala suerte se había apoderado de su familia, se mataba trabajando, siempre encerrado en su despacho, acumulando propiedades y riquezas mientras descuidaba a su hijo. Le contaron que a los veinticinco años Candre se casó con Aleth, una joven de Saints-Frères, quien contrajo una grave neumonía y murió apenas seis meses después de su matrimonio. Le hablaron de sus hábitos conocidos, miércoles y domingo en el cementerio, lunes y jueves en el mercado con Henria.

Le repitieron que trabajaba arduamente. Le contaron sobre el Bosque Dorado, donde los trabajadores de la empresa Marchère transformaban abetos y pinos en tablones para ser enviados a Francia, Suiza y Bélgica. Visitaba todas las tardes los sitios de poda y corte, y conocía tan bien a sus empleados como su árbol genealógico. Le insistieron: era muy pálido y delgado. Su rostro respiraba dolor, pero eso no lo hacía ver feo, solo triste. Y aquella tristeza inquietaba a Aimée desde que lo vio atravesar la alta puerta de hierro oxidado de la finca de los Deville.

Candre Marchère almorzó con Aimée, con su padre Amand, con su madre Josèphe, y con Claude, su primo. Pasada la una, fueron a la pequeña sala.

Candre solo bebía agua, casi helada. Nada de café ni vino, cerveza o licor; agua muy fría, un vaso grande al

comienzo de la comida y un vaso grande al final, después de lo cual las mejillas, la nariz y la frente se le ponían rojas.

Quizá por eso Aimée comenzó a interesarse en él. No bebía ni comía más de lo que le permitía su apetito. Su primo, Claude, había comido por cuatro, como de costumbre. Para los hombres de su edad, atiborrarse demostraba que poseían músculos que nutrir, un cuerpo que llenar, un estómago que saturar. Era común la idea de «hacer lo que fuera necesario» —como decía Amand— por su casa y su familia.

Candre no era como ellos: comía poco y con sumo cuidado, como una niña pequeña. No colocaba la servilleta en la rodilla sino en su muñeca. Claude alzó una ceja y lanzó una sonrisa burlona a su prima, ante lo cual fue inmediatamente reprendido por el padre de Aimée, quien se dirigía a Candre como un maestro se dirige a un buen alumno, aunque un tanto tímido, al instarlo a resolver una fórmula difícil. El hijo de los Marchère se tomó un tiempo para dar su respuesta, se podría decir que sus pensamientos daban dos vueltas en su cabeza antes de ser expresados en palabras. Su voz, menos débil que su cuerpo, menos transparente que su piel, se aseguraba, con precisión quirúrgica, de que cuando hablaba no se le hiciera la misma pregunta por segunda vez.

—Habla usted con sus caballos como lo hace con mi padre, eso me parece de lo más extraño.

Candre tomó una magdalena y la partió en dos sin que se le cayera ni una migaja. Mojó la primera mitad en una taza de café que no bebió. Ninguno de sus gestos escapaba a la chica Deville: seguía sus dedos, sus manos; inspeccionaba su cabello, sus labios, su abrigo. Aimée se comportaba con Candre como lo hacía cuando era niña, en el jardín, con los insectos que pululaban al pie de los tilos y manzanos.

—Dios creó al hombre y a los animales terrestres el mismo día —respondió él—. No hay razón alguna por la que deba tratarlos de manera diferente. Sin mencionar que un caballo, un cerdo o una abeja nunca te traicionará.

—¿Lo han traicionado los hombres, Candre? ¿O las mujeres, quizá?

—¡Claude! ¡Te lo ruego! —gritó Josèphe, la madre de Aimée.

El primo intentaba provocar a Candre. El hombre de armas desafiaba al hombre de fe. Amand lo dejaba hacer; su sobrino lo divertía. Había tomado, como él a la misma edad, el atuendo militar, y era fanfarrón y orgulloso de

ser el digno heredero del comandante Deville, su querido tío, quien lo había criado en su casa como si fuera su propio hijo y hermano de Aimée.

—No sabría qué decir de las mujeres —respondió Candre con calma—. Mi madre se fue muy temprano y mi esposa era feliz en mi casa antes de enfermar. Henria es devota. En este mundo las mujeres son mejores que los mejores hombres.

Claude infló las mejillas, a punto de estallar en carcajadas, pero se cruzó con la mirada de su prima y se detuvo de inmediato.

—¿Y a usted, Claude? ¿Las mujeres lo han traicionado?

Candre dio una mordida a la mitad de la magdalena, la cabeza en alto. Amand ya no ocultaba más su sonrisa y su esposa, por su parte, se sonrojaba cada vez más mientras la conversación tomaba un giro extraño.

—Mi prima me gana con frecuencia en las cartas.

—Siempre y cuando no le gane a los golpes.

Aimée le lanzó a Claude una sonrisa irónica, como queriendo decir «te lo buscaste», y Josephè, francamente molesta, dejó la mesa.

Después del café, Aimée invitó a Candre a hacer un recorrido por la casa: pasaron frente a las perreras, recorrieron el borde del pequeño estanque y continuaron por un camino bordeado de succulentas que atrapaban los bajos de los vestidos.

—Mi primo es un ave extraña —confesó Aimée.

—Las aves extrañas no suelen ser chicos malos.

Caminaba sin mirarla. Su rostro, pacífico y blanco, parecía atrapado en los colores de los árboles y musgos, de las cortezas y los pastos. Regulaba su paso al de Aimée, teniendo cuidado de no ir adelante o quedarse atrás, pero una parte de él se escapaba continuamente de la conversación y se precipitaba hacia el follaje como una ardilla. Salieron a un huerto abandonado. Aimée se

avergonzó de los andadores mal cuidados y de las hojas muertas, quería decir algo para distraer la atención de Candre, pero él no parecía perturbado en lo más mínimo por aquellas negligencias.

—La tierra hace lo que quiere con nosotros y con todo aquello que ponemos en su vientre —resopló.

Su voz no titubeaba. Las palabras parecían listas, pensadas de antemano, como si hubiera preparado sus frases semanas antes y, sin embargo, Aimée podía ver, por la forma en que sus párpados se movían sobre esos ojos cafés, que se sentía un completo extraño en esa casa. La descubriría a medida que pasaran las semanas; la curiosidad de Aimée y —esperaba él— su amor naciente le permitirían estar en esos lugares como algo más que un mero visitante.

Y de pronto eran ya tres veces que habían paseado juntos por las tierras de la finca Deville, que entraban y salían del comedor, de la salita, que caminaban por el sendero que iba hasta el portón, y también ya tres veces que Aimée notaba que Candre no dejaba rastro de su paso por aquel hogar. Sus zapatos no alteraban la tierra, la arena ni las losas. Su mano no arrugaba los manteles, las cortinas ni las telas. Sus caballos aguardaban a la entrada, sus cascos no se hundían en el camino ni estropeaban las sendas interiores. Las ruedas de su calesa descubierta, incluso en el tiempo de vientos fuertes, dejaban sobre el camino una tenue línea que se desvanecía en instantes.

Todo en él y de él se desvanecía. Candre parecía ser de este mundo como lo son los animales salvajes. Vivía en la memoria de los demás, en sus conversaciones y sus palabras. Había heredado de su familia una historia dramática y vivía cada día según los mandatos de su Dios y los horarios de sus trabajadores. Perspicaz, empleando con mesura sus respuestas no a manera de ataque, sino como un escudo contra los atrevidos como el primo de Aimée, Candre se protegía, y aquello le gustaba a Aimée. Ella había crecido con hombres de guerra, hombres valientes y fuertes como sus voces, y Candre parecía tan diferente,

tan femenino. No tenía los modales ni el tono de una mujer o una joven, pero su manera de ser, que incluía nunca compararse con sus semejantes y vivir acatando la ley, por encima de ellos, lo hacía cada vez más cercano a Aimée.

Así que sí, le agradaba. Ella lo comprendió la tercera vez que los caballos desaparecieron más allá del portón, cuando le rogó secamente a su primo que la próxima vez se callara.

—Vaya, qué cosa.

—Te lo estoy pidiendo. Si sigues hablándole así, ya no podrás sentarte a la mesa con nosotros.

Claude se encogió de hombros y siguió a su prima. Ella caminaba deprisa, su sombra jugando con la de los altos pinos, y él se apretó a su lado como un niño. Cuando llegaron a los escalones Josèphe aguardaba su regreso, encorvada con su vestido gris de enormes enaguas. Claude le susurró a su prima:

—Josèphe no corre riesgo de enfriarse los pies.

Aimée sonrió, negó con la cabeza y pasó junto a su madre, quien lanzó a su sobrino, a quien amaba como a un hijo, una mirada de desaprobación.

Amand todavía se encontraba en la sala. Leía el periódico, que anunciaba la apertura de una nueva escuela real de caballería.

—Claude, mira, este podría ser un buen lugar para ti.

—Me gustan mucho los caballos, los reyes no tanto.

Su tío suspiró: Aimée adivinaba en el temblor fino de sus dedos, en la flacidez de su bigote, que su padre envejecía con demasiada rapidez. Su pierna lesionada veinte años antes le recordaba todos los días que estaba lisiado. No podía imaginar un castigo peor para un hombre de armas.

—¡No le gustan los reyes y tampoco Candre! —espetó ella.

—Yo no he dicho tal cosa.

Amand se puso en pie con dificultad. La vena de su sien se contraía como una serpiente atrapada por el cuello.

—Por supuesto que no te agrada, sabe cómo responder a tus groserías. Has encontrado un oponente al que no puedes vencer peleando.

Candre volvería, eso era cosa segura. Cuando Claude quiso responder, Josèphe lo envió a los establos para sacar a las dos yeguas. Protestó, para no perder la costumbre, y se fue feliz, un niño con un cuerpo largo y alto, todo músculos. Aimée y su padre estuvieron solos un rato, al cabo del cual Amand dobló el periódico como una servilleta, sin arrugarlo. Cuando terminó, Aimée sintió a su madre acercarse a la sala, bañada de rojo y azul por el crepúsculo. Apretó el hombro de su hija y retiró el periódico sin decir una palabra. Amand le dio las gracias asintiendo con la cabeza.